

**CLAVO Adriana Genta (Pequeñas dosis)**

**Fernando** (hombre maduro), propietario de una ferretería. **Marina** (chica joven), postulante.

Interior de la Ferretería. **Fernando** ha bajado la cortina metálica, sólo queda abierta la pequeña puerta central, a través de la cual se comunica con **Marina**, que desde afuera, quiere entrar.

Fernando: A las cuatro vuelvo a abrir.

Marina: A la tarde no puedo, por favor, es un minuto.

Fernando: (Abriendo resignado la pequeña puerta) Cuidado con la cabeza.

Marina: (Entrando) Gracias.

Fernando: ¿Qué te doy?

Marina: Cinco metros de sogá de polipropileno de tres milímetros.

Fernando: (Va a buscar la mercadería) Por lo menos la tenés clara, piba, vamos a hacer rápido.

Marina: Además de la sogá, vengo por el cartelito de vendedor que tiene en la vidriera.

Fernando: Ah! ¿qué es...? ¿para tu hermano? ¿o para tu novio?

Marina: Para mí.

Fernando: Pero pido un muchacho ¿no leíste bien?

Marina: La edad la tengo y sé de ferretería más que cualquier varón. Soy hija de ferretero.

Fernando: Entonces trabajá con tu papá, yo acá necesito un muchacho.

Marina: A mi papá lo perdí.

Fernando: Uy, disculpame, no me imaginé. Lo siento mucho.

Marina: Está bien, no es nada. (Pausa. Luego señalando una foto que cuelga de la pared) ¿Esos que están en la foto con usted son sus hijos?

Fernando: Sí.

Marina: ¿Y ellos no lo ayudan?

Fernando: No, ellos estudian.

Marina: Podrían estudiar y trabajar acá.

Fernando: A ellos no les gusta el rubro. Yo no tuve la suerte que tuvo tu papá. (Le

*entrega la soga)* Dos pesos.

Marina: Si usted me toma, de entrada nomás le puedo clasificar esos clavos y tornillos que tiene ahí, que los debe haber comprado a granel en algún remate y están todos mezclados. Por lo que puedo ver desde acá nomás... hay tornillos de broca cincados, de hierro galvanizado, de madera dowel, ahí veo... cabeza redonda, barraqueros y los clavos también son un montón... terranos, de volcanita, para duplex, hasta clavos hilti hay.

Fernando: ¡Mirá vos, piba, cómo entendés...!

Marina: Conozco de mercadería para construcción, para plomería, madera, bricolage, electricidad... ¿Sabe todo lo que podría ayudarlo?

Fernando: Pero es que este es un rubro de hombres. Los clientes quieren ser atendidos por hombres. A no ser que sean muy babosos y se entusiasmen con una piba linda como vos. Pero ahí se me complicaría a mí ¿no? Tendría que ajustar a más de uno.

Marina: ¿Y las clientas mujeres? Cada vez vienen más señoras a las ferreterías porque los maridos no les cambian ni un cuerito o no tienen maridos y tienen que arreglarse solas. Y ustedes los hombres le pierden la paciencia porque las mujeres no saben cómo pedir. Dicen “quiero una cosita redonda que tiene después como un cabo alargado, no muy largo y de ancho así como un tallo de perejil”. Y ustedes ahí ya las quieren matar. Y si les pierden la paciencia pierden la venta. En cambio yo podría interpretarlas mejor, porque las entiendo a ellas y entiendo de esto. Si la mujer se siente respaldada por la ferretería de confianza, se anima a hacer ella el trabajo, sino, llama a que se lo hagan y ahí usted ya no le va a vender nada.

Fernando: Piba, te felicito, sos muy despabilada.

Marina: Usted nota que lo llevo en la sangre ¿no?

Fernando: Se ve que te gusta el rubro, sí señor.

Marina: Y también tengo formación. Hice la escuela técnica. Leí cientos de catálogos y estoy suscripta a las revistas Ferresur y Ferretero News. Me leí de arriba abajo la guía de la industria y fui a Expo-ferretera 2004, 2005 y 2006...

Fernando: De corazón, te tomaría. Pero pasa que además yo necesito que mi vendedor

haga todo el trabajo físico duro, hay que acarrear mercadería y levantar elementos muy pesados, porque yo de tanto hacer esos esfuerzos ando muy jodido de la columna.

Marina: Pero yo aunque no parezca soy...

Fernando: No, ya ahí no me digas nada, porque yo sería incapaz de pedirle a una dama que ande cargando pesos. Soy un caballero.

Marina: Quiero trabajar con usted. Por favor. ¿Sabe las veces que pasé por la puerta o me quedé en el barcito de ahí enfrente mirando y mirando para acá porque quería entrar y no me animaba? Y lo miraba... cómo usted preparaba la mercadería o atendía a los clientes o se tomaba unos mates. Yo quiero trabajar con él, pensaba. Pensaba... y lo pienso ahora: yo quiero trabajar con usted. Por lo menos que me pruebe.

Fernando: Mirá... ¿cómo te llamás?

Marina: Marina.

Fernando: Mirá, Marina, yo ya tuve una mala experiencia y decidí no emplear más mujeres en mi negocio y cuando yo tomo una decisión la cumplo. Soy hombre de una sola palabra. Y mi palabra es no. Hagamos una cosa: te regalo la sogá en recuerdo de esta agradable charla (*le entrega la sogá*). Pero ahora, tengo que cerrar. Sino, me voy a quedar sin almuerzo.

Marina: Por favor no me eche.

Fernando: ¡Pero...! No te estoy echando... no te lo tomes así, muchacha. Además, cuando quieras darte una vuelta por acá, venís y conversamos otro rato.

Marina: No hay otro día para mí. Si no consigo trabajo ya, me tengo que volver a Tandil.

Fernando: Bueno, bueno, no te desesperes... (*Va hacia la puerta y la abre*) Ya va andar todo bien. (*Invitándola a salir*) Pasá. Cuidado con la cabeza.

Marina: (*No sale*) Ya me rechazó una vez. No me rechace otra.

Fernando: Piba, no sé de qué hablás, pero cortémosla acá. Esto no da para más, no me hagás perder la paciencia.

Marina: (*Resistiéndose a salir*) Eva Núñez. (*Pausa, Fernando queda paralizado y en guardia*) Se acuerda de Eva Núñez ¿No?

Fernando: ¿Qué querés?

Marina: Hablar con usted.

Fernando: Ya estás hablando, decí...

Marina: Así no... No me trate mal... por favor...

Fernando: *(Bajando el tono, conteniéndose)* ¿Qué querés?

Marina: Yo sé que Eva Núñez trabajó acá y fue su amante y quedó embarazada. Y usted la echó para no tener líos con su mujer y no le pagó indemnización pero le dio la plata para el aborto.

Fernando: ¿De dónde sacaste todo ese cuento?

Marina: Yo soy ese aborto.

Fernando: ¿Cómo?

Marina: Con la plata que usted le dio, mi mamá se fue lejos y me tuvo.

Fernando: *(Mascullando)* ¡Qué hija de puta!

Marina: ¡¿Ella?!

Fernando: Si te mandó para sacarme guita andate y decile que no me joda. Que no hay un mango.

Marina: Mi mamá ni sabe que vine. Es cosa mía. Y no quiero su plata ¿no se da cuenta que no es su plata lo que quiero?

Fernando: ¿Entonces qué? ¿Querías que te diera el laburo para meterte en mi vida?

*(Cayendo en cuenta)* Y encima tomándome el pelo... "soy hija de ferretero"...

Marina: Y soy hija de ferretero.

Fernando: Eso está por verse.

Marina: ¿Sabe qué fácil es probarlo con el ADN? Si me hubiera querido meter en su vida o sacarle plata ya lo hubiera hecho antes. Podía haberle hecho un juicio por paternidad. Podía haberlo chantajeado con decirle algo a su mujer o a sus hijos. Pero ni mamá ni yo nunca lo molestamos, nunca le reclamamos nada... Yo sólo quería conocerlo. Que me viera. Que usted supiera que yo existo. Y que se diera cuenta de todo lo que sé de ferretería. Sólo quería que me mirara.

Fernando: Bueno, te diste el gusto. Pero ahora, perdoname, no puedo seguir con esto.

Yo ya tengo mi vida y mis obligaciones. Y no me gustó nada que hablaras de

mi mujer y de mis hijos. ¡Cuidadito con ellos! No es mi culpa si tu madre tomó decisiones sola e hizo lo que se le cantó, contra mi voluntad.

Marina: ¡Su voluntad era que yo no existiera...!

Fernando: No lo pongas así. A vos te envenenaron la cabeza pero yo no quiero discutir.

Marina: Si usted tiene otra versión, dígame todo lo que tenga para decirme, ¡por favor!

Fernando: No tengo nada para decir.

Marina: ¡Por favor!

Fernando: *(Terminante, abriendo la puerta y sosteniéndola)* Esta visita terminó.

Marina: *(Duda, luego sale, pero vuelve a asomar la cabeza)* Esto no terminó...

“papá” ... Esto recién empieza.